

DIARIOS, DIETARIOS Y ESTUDIOS DE GÉNERO¹

Rafael M. Mérida Jiménez
(Universitat de Lleida)

En el año 2019, las páginas de *Babelia*, suplemento cultural de *El País*, ofrecieron un pequeño debate sobre la escasez de diarios escritos por españolas que hubieran visto la luz impresa. Su punto de arranque, a fines de mayo, fue una reseña de Jordi Gracia de tres novedades (de Andrés Trapiello, Marcos Ordóñez y Miguel Ángel Hernández), en donde destacaba:

Ninguno de los dos [Iñaki Uriarte e Ignacio Vidal-Folch] tuvo que esperar a que fructificase la siembra, como sí tuvieron que hacer la mayoría de diaristas de la presunta democracia sonámbula que vivimos: Francisco Umbral, Jiménez Lozano, Pere Gimferrer, Trapiello, Sánchez-Ostiz, Valentí Puig, Martínez Sarrión, Sánchez Robayna, Enric Sòria, Jorge Riechmann, José Luis García Martín, Ignacio Carrión, Chantal Maillard, José Carlos Llop, Laura Freixas, Roger Wolfe, Elvira Lindo. Alguien explicará algún día, por cierto, la escasez, o el deslucido interés, de los pocos diarios firmados por escritoras: yo no tengo explicación, o la que tengo no me cabe en este artículo. Quizá los discos duros de la cacharrería doméstica de las escritoras estén saturados de páginas que un día llegarán a salir a la luz, pero hoy todavía no es ese día [Gracia, 2019a:s.p.].

Fue precisamente una de las escritoras mencionadas en este elenco quien inició la discusión: Laura Freixas —gran conocedora del tema, también como editora y crítica—. Tras destacar la desproporción entre hombres y mujeres citados a lo largo de esta reseña (17 frente a 3), la autora reflexionaba en una «Tribuna libre», publicada un mes después, sobre las razones que propiciaban tal desfase. El desequilibrio obedecería, en su opinión, a que «el pensamiento patriarcal prescribe distintas conductas para cada género», a pesar de que «una encuesta

¹ Este trabajo forma parte del proyecto de investigación «Memorias de las masculinidades disidentes en España e Hispanoamérica» (PID2019-106083GB-I00) del Ministerio de Ciencia e Innovación de España.

realizada en 2000 entre estudiantes muestra que son mujeres la inmensa mayoría de quienes llevan un diario» [Freixas, 2019: s.p.].

Evidentemente, a nadie se escapa que una encuesta entre estudiantes, como esta, realizada por Manuel Alberca en *La escritura invisible* [2000], significa bien poca cosa para determinados efectos, pues la publicación de un libro responde a una dinámica completamente diferente a la de su escritura, sobre todo entre jóvenes. Y, claro está, escritura y literatura son materias diferentes, pues los valores de estos cuadernos resultan menos estimulantes para los investigadores del ámbito de la filología que de la sociología, como muy bien han demostrado, por citar un caso español, las aportaciones de Carles Feixa [2018]. Así lo expresaba Alberca en sus conclusiones de un artículo dedicado a los diarios femeninos adolescentes:

Salvo milagro estos diarios irán a parar, con toda probabilidad, a un nostálgico desván o a un utilitario trastero, y con peor suerte al fuego o al reciclado del papel. Esto será desgraciadamente así, a pesar de que los diarios de las adolescentes del final del siglo XX son ya documentos históricos valiosos, de evidente interés antropológico y psicológico, incluso literario en algunos casos [Alberca, 2003: 32].

El artículo de Laura Freixas ofrece citas contundentes que reflejan tanto el emplazamiento de las mujeres en la cultura occidental (de Homero a Kevin Roldán, pasando por San Pablo y Fray Luis de León) hasta sobrecogedoras anécdotas, como las relativas a las esposas de Samuel Pepys y Francis Scott Fitzgerald. También atina Freixas cuando apunta «los riesgos que corren las mujeres que revelan su intimidad» en la España actual, haciéndose eco de un trágico suicidio por acoso. Sin embargo, a mi juicio, no acierta en su generalización y en su ataque a Jordi Gracia, pues tras citar ensayos con pretensiones y calado tan dispar como los de Christine Planté, Béatrice Didier o Sidonie Smith, afirma:

la diarista, y en general la autobiógrafa, accede al ámbito público, afirma su individualidad, revela su vida íntima e impone su relato, contradiciendo los principios patriarcales que designan a los hombres como únicos individuos, dueños del relato y de lo público, y a las mujeres como «seres para otros», personajes sin voz en discursos de eclesiásticos, poetas, médicos, legisladores... varones. Las mujeres, además, están a priori desvalorizadas, y lo

está todo lo que se asocia con ellas: el ámbito doméstico (despreciado como «cacharrería»), la maternidad, relegada a la baja cultura, las emociones y la dependencia de otros (...)
[Freixas, 2019: s.p.].

Tal vez «cacharrería doméstica» no sea la metáfora más acertada para aludir a la esfera a la que Gracia apuntaba, pues, aunque él piense en ordenadores, habrá a quien le remita a cacerolas y sartenes, a pesar de que ni unas ni otras tengan «disco duro».

Pero tal vez, también, pueda llegar a resultar problemático que Laura Freixas remita a la compilación co-editada por Sidonie Smith en 2003 (*Women, Autobiography, Theory: A Reader*) y no en cambio a su influyente ensayo de 1987, titulado *A Poetics of Women Autobiography*, en donde ofrecía reflexiones de calado –y de mayor enjundia, para determinados objetivos–, pues allí sugería que su aproximación podía ser inválida para piezas del siglo XX:

Las complejidades textuales que he bosquejado aquí con fines metodológicos tienden a caracterizar las autobiografías escritas por mujeres hasta el siglo XX (...). Con el siglo XX y las ambigüedades y confusiones del comienzo de la época moderna, sin embargo, emergen otras posibilidades autobiográficas para las mujeres, al aparecer relaciones alternativas de la mujer con la narrativa autobiográfica del hombre [Smith, 1991: 102].

Cuestión tan problemática como estas, aunque en otro plano, sería meter en el mismo saco textualidades tan disímiles como la del diario y la de la autobiografía, fuesen femeninos o masculinos. De entrada, por una sencilla razón: los y las diaristas no tienen por qué tener el más mínimo interés en acceder al ámbito público. De hecho, más de un autobiógrafo y de una autobiógrafa se han servido de sus diarios, con toda lógica, para reconstruir su relato vital posteriormente. Por otra parte, convendría subrayar las diferencias entre las diversas tipologías y funcionalidades de diarios que Laura Freixas evita: por ejemplo, la distinción entre el diario íntimo o personal y el «dietario de escritor/a», pues abre horizontes de experiencias y de expectativas que pueden ser antitéticas.

El recorrido que ofrece Anna Caballé en *Pasé la mañana escribiendo. Poéticas del diarismo español* [2015] se antoja, de entrada, muy clarificador, no ya solo porque apenas aparezcan mujeres (salvo Syra Alonso Brufau, Cristina de Areilza, Zenobia Camprubí, Rosa Chacel, Laura

Freixas, Rosa Leveroni, Carmen Martín Gaite, Emilia Pardo Bazán, Matilde Ras Fernández, Delhy Tejero y, por supuesto, Teresa de Jesús), sino porque la mínima perspicacia nos llevaría a confirmar que, a pesar del desequilibrio entre hombres y mujeres, tampoco sería muy numerosa la nómina de varones que hayan visto publicados sus diarios en los últimos cuatro siglos. Teniendo en cuenta los beneficios del patriarcado, debiéramos admitir que algo raro se cuece en las culturas hispánicas para que el guiso resulte tan poco suculento. O que exige una revisión menos sujeta a la catalogación subjetiva y más receptiva con los repliegues de unas creaciones de esa estirpe, como la desarrollada por Danielle Corrado en *Le journal intime en Espagne* [2000].

En su respuesta explícita, publicada a finales de septiembre en el mismo suplemento, Gracia replicaba a Freixas en parte siguiendo esta misma senda, aunque sin afinar entre las diferencias de las diversas tipologías de «egodocumentos»:

tampoco entre los hombres ese género de literatura tuvo una aclimatación fácil en una sociedad católicamente condenada tanto a la degradación estructural de la mujer como a la mentira, la hipocresía, la reserva, el secretismo, la cobardía, la conveniencia y la falsificación. Solo a lo largo del siglo XX unos cuantos escritores empezaron a dotarse de una libertad insumisa y a deshacerse de viejas ataduras (en expresión de Martín Gaite, Carmen). La escritura masculina autobiográfica conquistó lentamente una provincia empobrecida de la literatura en España y hoy la ha consolidado [Gracia, 2019b: s.p.].

A mi entender, en la actualidad la publicación de un diario o dietario es tan rara en España —a pesar del notable crecimiento— que si alguien quisiera proyectar su ego cotidiano mejor haría en presentar una autobiografía novelada o una autoficción, a no ser que posea un club de fans muy numeroso o un prestigio casi insondable, juvenil o morboso. Un empresario, por muy filántropo que sea, ¿funda una editorial para guardar los ejemplares en su almacén?

Probablemente sea por esta razón que la generación de escritoras posterior a Laura Freixas, azuzadas tanto por esta brutal realidad mercantil como por los nuevos rumbos estéticos de la literatura del «yo», dentro y fuera de España, experimente con modalidades textuales mucho más porosas o híbridas que se escapan de ciertas taxonomías marmóreas. En diversos trabajos académicos, Jordi Gracia ha constatado el signo masculino alarmantemente hegemónico que muestran los dietarios publicados por autores españoles, tanto en lengua castellana como

catalana. Sin embargo, ha valorado inequívocamente esta nueva tendencia a partir de un texto como *Clavícula* [2017], de Marta Sanz, considerada «un síntoma más de la aclimatación del diario personal en el banco de pruebas que es casi siempre la mejor novela», al tratarse de una obra que

involucra de manera tan directa a la persona de la autora en la ejecución de la novela que su forma desarticulada está articulada, precisamente, por aquello que la delata, la desnuda o la explica como persona y no sólo como escritora. Es una novela íntima que no fabula la intimidad al sujetarse a la disciplina del diario íntimo con espléndidos resultados literarios [Gracia, 2018: 39-40].

Hoy por hoy, además, existen canales de difusión muy democráticos de dietarios que todas y todos podemos usar: los blogs de internet. Así, por opuesta ecuación a la de que escritura no es sinónimo de literatura, hablar de publicación impresa sería pensar, mal que nos pese a los románticos, en industria y mercado. Y si se me aceptara esta premisa, cabría preguntarse por qué no existen editoriales avezadas que publiquen más diarios de mujeres, teniendo en cuenta que en España, según las estadísticas oficiales, porcentualmente ellas son mejores y mayores lectoras que ellos: ¿ceguera y auto-odio combinados? Quizá podría considerarse, sencillamente, si determinadas tipologías de las «literaturas del yo», como la representada por el diario íntimo, han quedado anticuadas —o preponderantemente cultivadas por creadores y creadoras de una cierta edad, bagaje e/o ideología—.

Inserto en este debate se enmarcaría, a mi gusto, otro artículo publicado en *Babelia*: «Mujer y melancolía», precisamente de Anna Caballé, impreso a mediados de septiembre. A partir de un volumen de biografías de Joana Bonet, la investigadora valora

cómo el mundo de lo femenino ha invadido la esfera cultural, proporcionando una nueva y abierta reflexión sobre la débil y quebradiza visibilidad social que las mujeres tuvieron en el pasado. La intensidad de esa reflexión, todavía más psicológica que política en España, que las mujeres no dejan de hacer sobre sí mismas a través del arte y la literatura, el persistente análisis que aplican a su conciencia individual es sorprendente y pone de manifiesto la profundidad de la herida sufrida en el pasado, el océano de un drama existencial, más grave que el de los hombres por el mero hecho de ser mujeres [Caballé, 2019: s.p.].

El objetivo de este artículo resulta bastante claro según avanzamos en su lectura, pues, tras la aproximación personal al libro de Bonet, aborda un ensayo de Rosa M^a Rodríguez Magda, en donde se denunciaría «el progresivo e imparable desplazamiento que ha experimentado el término mujer en el ámbito académico, viéndose sustituido sistemáticamente por el de género» [Caballé, 2019: s.p.]. La autora reseñada «ubica el punto de inflexión en 1990 con la publicación del ensayo de Judith Butler (*Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*)» (*ibid.*). A partir de aquí, se nos expresa el «malestar» provocado por los estudios de género, al relegar a las mujeres y tratarlas como «una diversidad sexual más».

Debo confesar que esta afirmación todavía me sigue sorprendiendo porque se trata de una valoración con muy poca base académica. Los estudios de género fueron y son una línea desarrollada en el seno de los estudios feministas que nadie en su sano juicio puede desgajar de su universo. Atribuir su «inflexión» a Butler es del todo injustificado o terroríficamente simplificador. Bastaría con leer con atención *El género en disputa* [Butler, 2001], precisamente, y otros ensayos de esta filósofa estadounidense -algo para lo que no cualquier hijo o hija de vecina está bien pertrechado, todo hay que admitirlo-, en especial los escritos durante la última década del siglo XX. A no ser que se quiera cometer el craso error de confundir los estudios de género con los estudios queer, claro está.

Pero, más fácil aún, bastaría con releer, por ejemplo, un texto clásico de los estudios sobre la mujer como fuera «Gender: A Useful Category of Historical Analysis» de la historiadora Joan W. Scott [1986] —en donde, por cierto, no solo se habla de mujeres— y proseguir su fructífera senda en el ámbito universitario, que, lógicamente, ha ido incorporando matices a lo largo de las décadas. La evolución implícita a la que aludo resulta bastante natural en cualquier disciplina y en cualquier aproximación teórica en el ámbito de las ciencias humanas y sociales: no se trata de estar a la última, sino sencillamente de comprender que aquello que se denomina «tercera ola» del feminismo ha incidido en un campo de debate nuevo, no ya limitado a la «batalla de los sexos», por muy importante que este sea y siga siendo. Dicho de manera torpemente simple: frente al binarismo que enfrenta a hombres y mujeres, se amplía el radio de acción a, sin ir más lejos, pero no exclusivamente, las dinámicas históricas, sociales o culturales que han propiciado, en el pasado y en el presente, a que hayan existido mujeres que, ejerciendo muy diversos roles, también hayan dominado patriarcalmente a hombres y a mujeres.

Maria Xosé Agra Romero [2017] ha recordado, al calor de otros debates, que «sexo» y «género» son términos que en las últimas décadas han mantenido interrelaciones conflictivas. Después de ofrecer una atenta revisión de su trayectoria, a partir sobre todo de la década de los 70, y de su entrada en el vocabulario de la teoría feminista angloamericana, reflexiona sobre su problemática intraducibilidad. Agra concluye con la necesidad de mantener «sexo» y «género» en el contexto español, entre otras razones porque

[c]iertamente «género» puede llevar a la exasperación, tal es el caso, en nuestro contexto, de la última vuelta de tuerca, la que identifica al feminismo como «ideología de género» en el marco de una revista científica y que ha suscitado muchas críticas pues lo que está en juego entre otras cuestiones, es preciso no olvidarlo, es la producción de conocimiento, la legitimación de los saberes, las relaciones de poder [Agra Romero, 2017: 105].

No me parece mala propuesta ante tal diagnóstico. Como tampoco me lo parece que se interrelacione el estudio de la misoginia con el del racismo o el clasismo cuando abordamos diarios, autobiografías o epistolarios, sean escritos por mujeres y/o por hombres.

El problema no son los estudios de género, sino que la cuestión radica en que los «gender studies» nunca han sido sinónimos de los «women studies». Igual que la física cuántica no es sinónimo de la física de partículas. Cuestión diferente es si en España, por ignorancia, por economía lingüística o por cerrar un coto privado de caza haya quien los confunda. Cuestión diversa sería también que haya quien crea infundadamente que unos sustituyen a los otros, por parecido empeño con el que hay quien se jibariza y acaba creyendo que existe un único feminismo — el suyo —. Se trata, además, de una discusión académica desfasada a estas alturas del siglo XXI para quienes conocen las sucesivas «olas» del pensamiento feminista. Estoy hablando de estudios universitarios serios, no de tertulias de medio pelo.

En esta encrucijada, soy de la opinión que tanto la incorporación de un análisis sobre «mujer» como de «género» en los estudios sobre la escritura y la publicación de diarios, autobiografías o epistolarios españoles, sería muy productiva a nivel científico. Igualmente, quizá, también lo sería para otras modalidades de «egotextualidades». Y así hasta rozar o invadir esos otros vasos comunicantes que serían la biografía y el ensayismo biográfico, ya

que, según se describiera en otro artículo aparecido en *Babelia* —en donde llega a firmarse que en España «contamos con excelentes memorialistas, pero no abundan los biógrafos»—,

el lastre de la moral católica y el pudor impiden el acceso hasta la alcoba. Y un buen biógrafo ha de ser indiscreto, aunque debe saber administrar correctamente toda la información en su poder; el biógrafo es un intruso en las vidas ajenas. Enfrente tiene a los deudos, celosos de su intimidad con todo el derecho a proteger la privacidad del biografiado, quienes no siempre colaboran en la labor. Estos a veces apelan más al honor del apellido que al rigor y a la transparencia. [Fernández, 2020: s.p.].

Quisiera brindar algunos puntos de fuga para abundar en cuanto deseo sugerir, pues tanto Jordi Gracia como Laura Freixas y Anna Caballé plantean el debate en términos de «sexo» («women studies») y no de «género» («gender studies») y lo confunden para un lector poco avezado.

A mi juicio, no convendría reiterar cansinamente en el ámbito de la producción científica — sí, en cambio, en sus reverberaciones en el terreno social y político— la obviedad objetiva, por cultural y cuantitativa -esto es, que han sido publicados más dietarios de hombres que de mujeres-, sino incidir en cuestiones más cualitativas, para ensayar otras productividades. Por ejemplo: ¿cuántos diarios escritos por personas españolas que se hayan publicado hasta 2015 podríamos englobar, más o menos laxamente, en la categoría de testimonios de personas cuyo erotismo parece escapar del discurso sexual patriarcal? ¿Solo los de Juan Bernier, Jaime Gil de Biedma, Emilio Prados y Matilde Ras Fernández, según el catálogo citado de Anna Caballé [2015]? Va a resultar, entonces, que hay un menor número de estas piezas que de «mujeres» a secas... y que la aseveración según la cual, en la tradición cultural española, «el ejercicio autobiográfico se torna una empresa casi imposible, porque se arriesga a la exclusión social y se expone al castigo público» [Alberca, 2018: 6]. adquiere nueva significación si interrelacionamos los estudios de la mujer y los estudios de género, al igual que si valoramos las diversas manifestaciones de la masculinidad y de la feminidad en los diarios redactados por varones. Además, un estudio de las autobiografías femeninas españolas constataba, a lo largo del siglo XX, nada menos que lo siguiente: «El yo-mujer de las autobiografías se caracteriza muchas veces por autorrepresentarse como un yo diferente que no encaja dentro del grupo conformado por sus compañeras de género» [Pacheco, 2001: 408].

En segundo lugar, plantearía algunos interrogantes, tal vez retóricos, como: ¿por qué algunos de estos diarios acaban de publicarse, como aquel que dice? ¿Quizá sea porque se espera que estos papeles no vean la luz hasta 25 años después de la muerte de los autores, como fijó Jaime Gil de Biedma en su testamento, o muchas más décadas después, si es posible, en nombre del buen gusto? ¿Por qué hasta hace cuatro días, si se me permite el tono coloquial, no se han editado epistolarios de indudable valía firmados por mujeres un tanto ajena a cierto «patriarcado» (como Matilde Ras, Elena Fortún, Carmen Laforet o Victoria Kent, entre otras)? ¿Y por qué tan tarde nos llega una novela autobiográfica como *Oculto sendero*, de la creadora de Celia, o la autobiografía lésbica de Victorina Durán?²

Sería muy tentador afirmar que ha existido en España un cierto protecciónismo entre algunos críticos en torno al buen nombre de nuestra literatura y de algunas creadoras cuando estas trataban ciertos temas considerados tabú, como el lesbianismo, según recordaba Maria-Mercè Marçal [2004: 203] a propósito de la recepción de su novela *La passió segons Renée Vivien*, publicada en 1995. De paso, tal vez no deba desdeñarse la propuesta según la cual se evitaba descubrir un vasto territorio que dibujaba un mapa vedado que cierta desidia -miope por moralista-, de forma paralela, se empeña en ignorar, como implícitamente sugiere Nuria Capdevila-Argüelles [2017: 24-25] a propósito de la correspondencia entre Fortún y Laforet:

En las cartas que siguen no están solamente Elena y Carmen. Asoman Julia Minguillón, Josefina Carabias, Paquita Mesa, María Martos de Baeza, Lili Álvarez, Carolina Regidor, Fernanda Monasterio, Carmen Conde, Matilde Ras...; todos estos nombres forman ese «nosotras» al que Carmen se refiere. Siguiendo los hilos entrelazados por ellas, a través de hemerotecas, biografías, cartas y archivos se llega a otros nombres de mujer, unos más conocidos, otros menos, unas con obra abundante, otras sin ella, casadas, solteras, con intensas y en ocasiones sáficas relaciones entre ellas, misteriosas casi siempre, obligadas a no resaltar demasiado y ser discretas en tiempos oscuros; al cabo, feministas.

Sin duda hay descubrimientos que son azarosos y casuales; ojalá que sigan propiciándose más oportunidades de publicación. Pero también cabrá recordar el oportunismo de algunos

² Estoy aludiendo, a título de ejemplo, a las siguientes ediciones: Durán [2018], Fortún [2016], Fortún - Ras [2014], Gil de Biedma [2015], Laforet - Fortún [2017] y Mistral - Ocampo - Kent [2019].

docentes en el sistema universitario español -la constatación la ilustra el dato objetivo de que muchas de ellas sean obras editadas o analizadas en gran medida por hispanistas residentes en el extranjero- que han decidido no manchar su currículum vitae con estudios y ediciones que se alejan del camino recto del «heteropatriarcado» (un punto diferente del «patriarcado» a secas por más preciso) y que, al tiempo, desestigmatizan no solo los «estudios de género» solventes -sin obviamente haberlos leído-, instalados en el machismo más rampante, que debe seguirse combatiendo día a día, o en una remota ola del feminismo, que hace mucho tiempo llegó ya a la playa y que solo permite el surf en la arena.

BIBLIOGRAFÍA

- AGRA ROMERO, María Xosé (2017): «Del sexo y del género: epistemología y política», *1616: Anuario de Literatura Comparada*, 7, pp. 87-106.
- ALBERCA, Manuel (2000): *La escritura invisible. Testimonios sobre el diario íntimo*, Oiartzun, Sendoa.
- (2003): «La escritura invisible de las muchachas», *Memoria. Revista de Estudios Biográficos*, 1, pp. 18-32.
- (2018): «Los desafíos autobiográficos hoy», *Cuadernos hispanoamericanos*, 811, pp. 4-19.
- BUTLER, Judith (2001): *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona, Gedisa.
- CABALLÉ, Anna (2015): *Pasé la mañana escribiendo. Poéticas del diarismo español*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara.
- (2019): «Mujer y melancolía», *Babelia - El País*, 14 de septiembre de 2019, https://elpais.com/cultura/2019/09/10/babelia/1568108949_970509.html (revisado el 17/10/2022).
- CAPDEVILA-ARGÜELLES, Nuria (2017): «Queridas, lejanas», en Carmen Laforet y Elena Fortún, *De corazón y alma (1947-1952)*, Madrid, Fundación Banco de Santander, pp. 19-25.
- CORRADO, Danielle (2000): *Le journal intime en Espagne*, Aix-en-Provence, Université de Provence.

DURÁN, Victorina (2018): *Así es. Mi vida*, 3, eds. Idoia Murga Castro y Carmen Gaitán Salinas, Madrid, Residencia de Estudiantes.

FEIXA, Carles (2018): *La imaginación autobiográfica. Las historias de vida como herramienta de investigación*, Barcelona, Gedisa.

FERNÁNDEZ, J. Benito (2020): «La biografía: esa oscura dama», *Babelia - El País*, 1 de febrero de 2020, https://elpais.com/cultura/2020/01/28/babelia/1580223182_038422.html (revisado el 17/10/2022).

FORTÚN, Elena (2016): *Oculto sendero*, eds. Nuria Capdevila-Argüelles y Mª Jesús Fraga, Sevilla, Renacimiento.

FORTÚN, Elena, RAS, Matilde (2014): *El camino es nuestro*, eds. Mª Jesús Fraga y Nuria Capdevila-Argüelles, Madrid, Fundación Banco de Santander.

FREIXAS, Laura (2019): «Diarios femeninos», *Babelia - El País*, 28 de junio de 2019, https://elpais.com/cultura/2019/06/27/babelia/1561631261_178943.html (revisado el 17/10/2022).

GIL DE BIEDMA, Jaime (2015): *Diarios, 1956-1985*, ed. Andreu Jaume, Barcelona, Lumen.

GRACIA, Jordi (2018): «La virtud del intruso: el dietario de escritor (segunda parte, 2000-2017)», *Cuadernos hispanoamericanos*, 811, pp. 36-53.

——— (2019a): «Nuestras vidas de diario», *Babelia - El País*, 30 de mayo de 2019, https://elpais.com/cultura/2019/05/27/babelia/1558951304_741159.html (revisado el 17/10/2022).

——— (2019b): «Magulladuras y literatura», *Babelia - El País*, 21 de septiembre de 2019, https://elpais.com/cultura/2019/09/17/babelia/1568719575_449338.html (revisado el 17/10/2022).

LAFORET, Carmen, Fortún, Elena (2017): *De corazón y alma (1947-1952)*, Madrid, Fundación Banco de Santander.

MARÇAL, Maria-Mercè (2004): *Sota el signe del drac. Proses, 1985-1997*, Barcelona, Proa.

MISTRAL, Gabriela; Ocampo, Victoria; Kent, Victoria (2019): *Preciadas cartas (1932-1979)*, eds. Elizabeth Horan, Carmen de Urioste Azcorra y Cynthia Tompkins, Sevilla, Renacimiento.

PACHECO, Bettina (2004): «La autobiografía femenina en la España contemporánea: hacia una poética de las diferencias», *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (2001), Newark, Juan de la Cuesta, vol. 3, pp. 407-412.

SANZ, Marta (2017): *Clavícula*, Barcelona: Anagrama.

SCOTT, Joan W. (1986): «Gender: A Useful Category of Historical Analysis», *The American Historical Review*, 91.5, pp. 1053-1075.

SMITH, Sidonie (1991): «Hacia una poética de la autobiografía de mujeres», *Suplementos Anthropos*, 29, pp. 93-105.

